

tonces fué cuando del corazón de Francia brotó una frase de esperanza heroica. Esta frase fué un cántico que bastó para veinticinco años de batallas.

«La victoria cantando nos abre la barrera.»

Una nueva edad se abre por este cántico que es un sonido de clarín. Partió del ejército y el pueblo lo acogió. Y sin embargo, ¡cuantas cosas han cambiado! ¿Ha llegado la hora de que se cumplan ciertos destinos? Dios lo sabe.

Del Norte al Mediodía la trompeta guerrera dá la señal del combate.



## [CAPITULO XXII

### *Invasión de Bélgica.—Lucha entre Cambon y Dumouriez. (Noviembre 92.)*

Inglaterra se une á la coalición.—Alegria de las poblaciones marítimas de los Países Bajos.—Terro<sup>r</sup> de Inglaterra.—Inglaterra trabajó contra nosotros.—La verdadera y la falsa Bélgica.—Francia anatematizada por los mismos á quienes liberta.—Doblez de Dumouriez.—Se encarga de proteger al clero belga.—Los belgas rehusan la libertad en nombre de la libertad.—¿Serán unidos á Francia los Países Bajos?—Cambon contra Dumouriez.—Dictadura financiera de Cambon.—Rey financiero de Inglaterra y Francia.

La batalla de Jemmapes fué ganada el 6 de Noviembre y el 25 entraba en Inglaterra en la coalición contra Francia.

Lo que había rehusado á Prusia en Septiembre, lo ofreció en Noviembre y envió un emisario á Viena á solicitar que se la admitiese en la coalición y Prusia enviase un cuerpo de ejército para proteger á Holanda.

Inglaterra no había visto ni previsto nada, para que se vea como la gran maestra en fuerzas materiales no sabía nada de movimientos del espíritu.

No había adivinado lo que iba á hacer la Revolución. Creyó que nuestro ejército huiría al primer tiro.

Pitt temía; pero ¿que temía? que la Prusia absorbiera á Francia. He aquí lo que los Pitt y los Grenville habían entendido la revolución.

Este colosal movimiento, el triunfo de estas ideas y el de la bandera tricolor no lo vieron hasta que se les puso materialmente debajo de los ojos. Los políticos miopes no vieron nada hasta que esta gran nación que se creía amada de la vieja Inglaterra la pegó duramente.

Fué un pánico terrible el que se extendía por la gran Inglaterra. ¡Francia inundando á Europa! ¡Francia en el Rhin, en los Alpes, en los Países Bajos! Más aun; en Ostende, en Auvers amenazando á Inglaterra. Atreviéndose con Escaut, con Holanda. ¡Cielo santo, iba á entrar en Londres!



Toda la costa de Bélgica tiranizada durante tantos años saludó con entusiasmo la llegada de los franceses no tanto por traerles la libertad si no por abrirles el camino del mar.

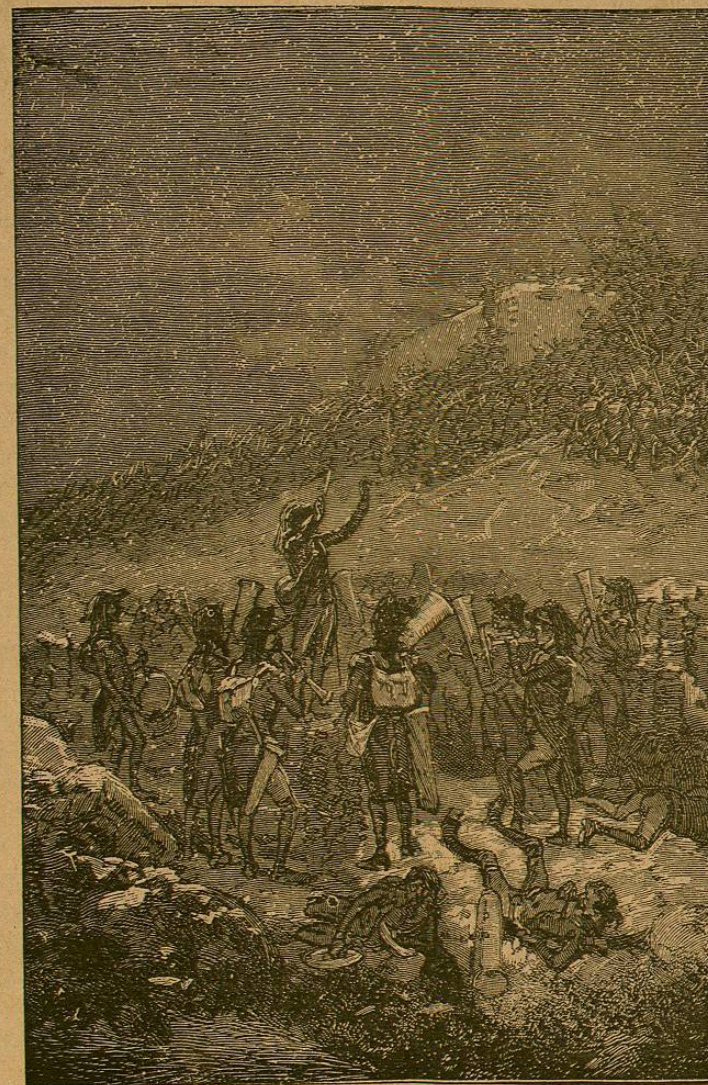


... estaban con los pies desnudos en un verdadero estanque (Pág. 363)

Un oficial americano al servicio de Francia que entró en Ostende y vió tal delirio de alegría creyó que estaban locos. Era precisamente lo contrario.

Los que estuvieron locos fueron los reyes y los gobiernos que por

saciar la ambición de Inglaterra cometieron un crimen de lesa naturaleza, cerrando el Escaut que fué sacar los ojos de Europa para que no viera el despotismo de Londres.



... era que todas las bandas militares tocaban la Marsellesa. (Pág. 363)

Los miedos de Inglaterra tienen un carácter eminentemente cómico. Por lo mismo que es un pueblo rodeado de mar tiene como la obsesión de las invasiones. Esta nación naturalmente valiente, pero poco ejercitada en el manejo de las armas, al menor peligro se trastorna por completo. Este espectáculo se dió en el 92. Francia se desbordaba y



vencía en todas partes paseando en triunfo la bandera de la libertad sin sospechar que metía tanto miedo á *su querida hermana mayor*.

El miedo clásico de Inglaterra hace que exagere los elogios y entusiasmos por todos los que considera libertadores. Les entrega el poder, todo el dinero, todos los medios de acción.

Esto sucedió con Pitt, hombre animado de dos grandes pasiones; el miedo y el odio con los cuales anduvo pronto el camino de la gloria.

La apertura del Parlamento fué una gran escena.

Allí ya no hubo wigles ni torys, si no una sola bandera que rodeaba á Pitt. No era una conversión razonada de ideas políticas, no era una adhesión ciega inconsciente, la aplicación del consejo del famoso janse-nista «embruteceos.»

Todos decían el *mea culpa* por haber creído jamás en la libertad, haber tenido sueños de reformas parlamentarias y gemían y se daban golpes de pecho. Fox, que teniendo menos miedo estaba menos convertido, les preguntó que por qué no temían el crecimiento de los reyes que llegaban hasta repartirse Polonia y temían el de la libertad.

Les conjuró á que, antes de empezar una guerra terrible que nadie sabía donde iría á parar, se enviara un embajador á París á ver si efectivamente los agravios hechos á Inglaterra eran tales que no podían lavarse más que con el exterminio de una de las dos naciones.

No se podía lograr nada con gentes que veían el infierno al otro lado del estrecho. El infierno Jacobino, como se le llamaba, llegándose á temer que de un momento á otro desembarcara en Inglaterra con todos sus diablos y fantasmas.

Temblaban también viendo que en Londres se establecían clubs al estilo de París. Veían extenderse la epidemia y con mucho gusto se hubieran hecho aplicar exorcismos, como más tarde se los aplicó Lwarovo á los prisioneros Jacobinos.

Una palabra sobre todo había hecho que todos aquellos hombres arrojaran la máscara liberal y se mostraran tal cual eran, es decir aristócratas, la palabra de Gregoire contestando á las felicitaciones de una sociedad inglesa. «Amigos republicanos: La monarquía muere sobre los escombros del feudalismo. Un fuego devorador va á hacerla desaparecer y este fuego es *los derechos del hombre*.»

Esta frase: los derechos del hombre, era la desaparición de Inglaterra con sus fanatismos y sus convencionalismos.

Un solo hombre, Sieyes, comprendió esto y lo dijo en el 89. No hay ningún parecido entre Francia é Inglaterra. No se puede esperar nada de ella. No se tuvieron en cuenta estas palabras de un profundo pensador y Francia hizo á su hermana las concesiones más imprudentes. Los periodistas llegaron hasta querer hacer rey de Francia á un inglés, el duque de York. Otros á un semi inglés el de Brunswick.

La prudente madame Staël se decía que se inclinaba á esto. El ministerio Stael-Narbonne había enviado un emisario á Pitt, Talley-

rand, el cual seguía una negociación en público y otra subterránea revolucionaria.

Talleyrand al lado de Pitt era el zorro al cordero. Inglaterra temía tanto al poder de Rusia como al de Prusia. Por eso al principio guardó neutralidad negando su ayuda á Prusia. Pero cuando vió comprometida su querida Holanda con los mares que son el camino para Londres, Inglaterra, el campeón de las libertades como la ha llamado madame Isaël defendida por sus escuadras y por sus balas de algodón, enviaba al continente donde pensaba combatir empleando la espada y el puñal. La espada fué Alemania, siempre devota del oro inglés, y el puñal fué siempre el catolicismo con sus frailes, sus monjas y sus curas.

Las islas inglesas de Jersey y Gernesey emplazadas como espinas en las bahías francesas, estaban llenas completamente de curas y de frailes que formaban un concilio y un cuartel general. Los ingleses tenían así en la mano el verdadero centro de la conspiración realista. Allí se daban esperanzas á los bretones de que de un momento á otro iba á partir la escuadra inglesa que no partía nunca.

Bélgica en el momento mismo en que la libertamos se hizo un centro de conspiración contra nosotros.

Hay que distinguir, sin embargo, y no acusar á un pueblo donde con tantos amigos cuenta Francia.

¿Quiénes eran los verdaderos belgas? ¿Los que llamaban á los franceses? Pero precisamente estos eran los más débiles. En las provincias marítimas estaban en mayoría; pero en el interior, especialmente en Brabante, formaban una minoría insignificante.

Los franceses entraron en Bélgica creídos que un pueblo que había hecho ya una revolución contra los austriacos sería partidario de la libertad. Por eso se encontraron sorprendidos al ver que allí se vivía en plena edad media con frailes, capuchinos y cofradías que ya hacía mucho tiempo no se veían por Francia.

No había más que una fuerza y era la de un clero ignorante y además eminentemente conspirador. Este clero fué el que dirigido por Vander Noot se levantó contra José II, que quería suprimir los frailes como los había suprimido en su casa. José II se mostró mejor belga que los demás, haciendo esfuerzos por abrir el Escaut. Toda Europa se revolvió contra él. Pero él se fué á Ostende, donde intentaba hacer un gran puerto. Las provincias del interior, Bruselas, Malinas y Brabante no veían aquello con buenos ojos. Los proyectos de centralización no les agradaban, pues habían vivido divididos y divididos querían seguir. Entonces siguieron á los curas, que tuvieron la habilidad de escribir la palabra libertad en las banderas del privilegio. Pero cuando la libertad entró con el ejército francés cambiaron de sistema. El primero de los periodistas, el jesuíta Feller, uno de los héroes de la revolución, dijo que: «antes mil muertes que prestar el juramento que pedía Francia, el juramento execrable de *Igualdad* reprobado por Dios y contrario á la



autoridad legítima que él ha establecido. ¡Libertad, es decir, licencia, libertinaje, un monstruo de desorden! ¡Soberanía del pueblo! Palabra seductora inventada por el demonio!»

Este credo de los jesuitas fué aceptado por los curas, por las mujeres y por muchos hombres. Se extendió por toda Bélgica hasta el punto de que, firmada por treinta mil personas, se enviara á la Convención una solicitud pidiendo la conservación de los privilegios.

La solicitud podía reducirse á estas frases: «Nosotros hemos vivido en la ilegalidad y queremos seguir en ella.» Las elecciones fueron en este sentido. Las representaciones provinciales en vista de tales cosas desesperaron de la salvación del país. «Pobres de nosotros, decían á los belgas; pobres de vosotros que os habéis dejado engañar. Vuestros hijos y vuestros nietos os maldecirán.

Lo que más había animado al partido retrógrado era la conducta equívoca de Dumouriez. Dudosa entonces, hoy claramente pérfida. Este jefe del ejército admirable de la fe y del entusiasmo pretendía corromperlo y hacer de él un instrumento de engaño.

Lo condujo á Bélgica; creó á la carrera otro ejército belga y lo mezcló con él para centralizar el espíritu republicano. ¿Qué haría después? Ni él mismo lo sabía.

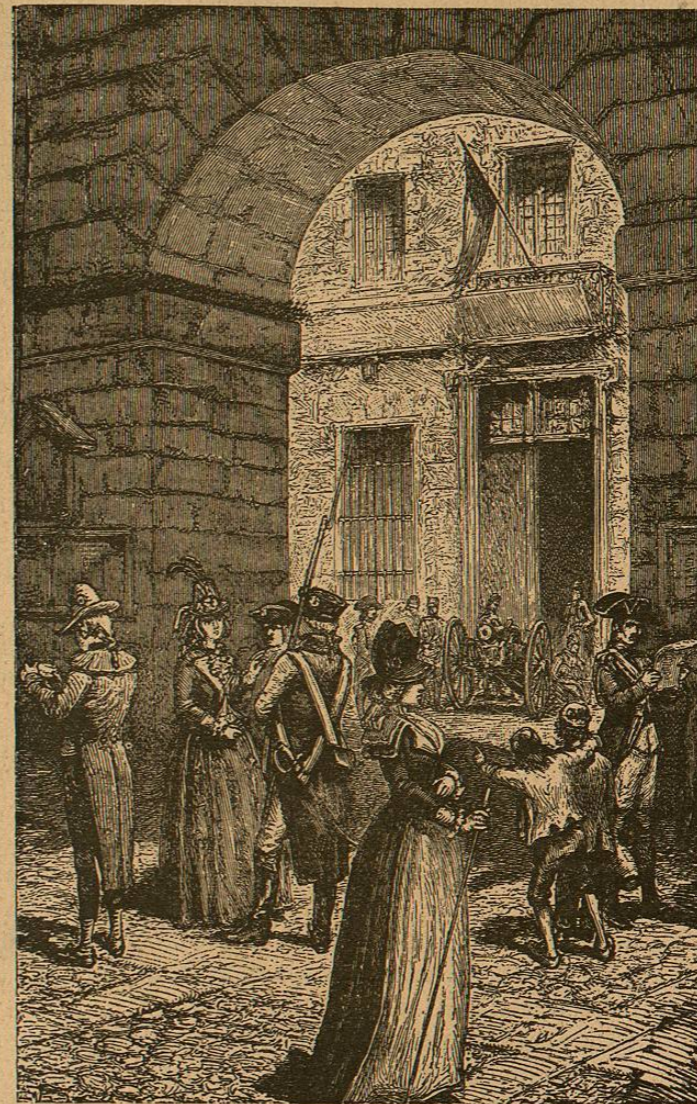
¿Dirigiría este ejército contra Francia y contra la Revolución que lo habían puesto en sus manos? ¿Lo emplearía en crear para su provecho una situación independiente? O bien, en vez de traicionar á Francia traicionaría á la misma Bélgica, entregándola á los austriacos como precio de la paz? Lo único cierto por entonces era que Dumouriez era un traidor.

El había enviado delante dos agentes, uno revolucionario y otro retrógrado. El primero, el ladrador célebre Saint-Hurugue, el marqués de Fort-des-halles, que había brillado el 20 de Junio, tenía que gustar á un pueblo acostumbrado á los ladridos de Van de Noor. El segundo tenía la misión de hablar con el austriaco Metternich y decirle que el ejército francés no conquistaba si no para volver á abandonar lo conquistado y, por lo tanto, que dejara una persona en Bruselas con quien tratar.

Llegó á Bruselas y le ofrecieron las llaves de la ciudad: «Guardad las vosotros; no sufráis extranjeros en la ciudad,» respondió. De esta manera la cuestión de quién había de pertenecer aquel pueblo que jamás pudo vivir por si mismo ni tener unidad, el general la resolvía contra su patria. Sin embargo, la cuestión está clara. Si este país no es Francia, es la puerta de Francia y el camino por donde pueden avanzar los ejércitos de sus enemigos.

Los belgas comprendieron en seguida que aquel ambicioso, sin ningún arraigo en el país, buscaba en ellos un apoyo que le hacía falta para sus planes. Para empezar, en vez de pedir víveres al reconocimiento del país libertado, se dirigió á los banqueros y al clero haciendo

un empréstito. Por este empréstito hizo imposible ya la causa de la Revolución. Esta no podía ganarse la voluntad del pueblo más que reba-



Dos cañones colocados á la puerta daban idea del misterio que se verificaba allí dentro. (Pág. 375)

jando ó suprimiendo impuestos. Esto no podía hacerse más que vendiendo los bienes eclesiásticos.

¿Cómo iban á venderse si Dumouriez los reconocía en el momento que les pedía un préstamo?